

IGNACIO VÉLEZ Y "EL ECO DE CÓRDOBA"

Rendimos este homenaje póstumo a un hombre que fué bueno y útil a la patria. Dedicó su vida entera al periodismo, sirviendo en él los intereses sociales y la organización política de la nación.

En "El Eco de Córdoba", de que era propietario y director, hicieron sus primeros ejercicios y formaron su estilo veteranos hoy de la prensa, que figuran al frente de diarios de primer orden en Buenos Aires y en Córdoba. En él colaboraron hombres eminentes, que llegaron a los juzgados federales, a la Corte Suprema de Justicia, a ambas Cámaras del Congreso, ministerios provinciales y nacionales, representaciones diplomáticas en el extranjero, gobernaciones y legislaturas de provincia.

Hubo época en que el diario fué casi un oráculo en el interior, y aún en algunos pueblos del litoral. Sus opiniones eran consideradas como la expresión de factores decisivos en la política general. A poco de recibirse de la presidencia Sarmiento, ocurrió en San Juan un caso de intervención, y Luis Vélez, redactor en jefe de "El Eco", fué allí de interventor.

Valía, sin duda, el diario porque Ignacio Vélez le dedicaba

NOTA DE LA DIRECCIÓN. —Entre los papeles dejados por Don Ignacio Garzón, hemos hallado las interesantes líneas que reproducimos, las que forman parte del discurso que, en su carácter de presidente de la comisión popular de homenaje al inteligente y batallador periodista cordobés Don Ignacio Vélez, debió leer el ilustre extinto en el acto de la inauguración del monumento que honrará su memoria.

todas sus energías para hacerlo valer. Estableció correspondencia y canje con las mejores revistas científicas y literarias de América y Europa, estando así al día en el movimiento del mundo. No le arredraban los obstáculos en tratándose de mejorar el diario en cualquier sentido. No sabía el inglés, y, hombre maduro ya, se puso a aprenderlo para poder traducir las publicaciones que en este idioma recibía.

“El Eco”, a pesar de tener varios redactores, se distinguía por su uniformidad de ideas en sus distintas secciones, y esto era debido a la constante vigilancia de su director, que revisaba desde la primera hasta la última carilla. No imponía a nadie sus opiniones, pero todos sus colaboradores las conocían, y ello bastaba.

Un día de 1865, hubo una reunión popular en el único teatro que existía entonces en Córdoba, con el objeto de protestar contra los bloqueos de puertos chilenos y peruanos por buques españoles. Manuel Pizarro, amigo suyo, que también había escrito en “El Eco”, pronunció un brillante discurso, sosteniendo que la protesta debía postergarse hasta obtener amplias informaciones, pues no era creíble que los españoles, tan cultos y caballeros, cometieran, como se decía, actos vandálicos.

Ignacio Vélez se puso de pie, y con la impetuosidad del torrente, con el acento de la indignación que la noticia había generalmente producido, le reprochó que pretendiera desviar el sentimiento público en un sentido tan antipático y tan fuera de la justicia y la razón. Dijo que acababa de recibir comunicaciones de Chile por las cuales constaba que allí el pueblo en masa, como en el Perú, se había levantado airado para rechazar la invasión, y que siendo esta causa común a los americanos, los argentinos estaban en el deber de apoyarla, siquiera con manifestaciones populares.

La controversia se llevó a la prensa. Pizarro y Mariano Eche-
nique redactaban “La Discusión”, y en artículos famosos por su fondo y por su forma, fundados en el derecho internacional, este

diario y “El Eco” sostuvieron antitéticos principios. Ribeyro, ministro del Perú, decía: “La Discusión”, ha provocado el conflicto, y “El Eco” sostenía que se trataba de una confabulación de potencias europeas contra América, como lo probaba la coalición de hecho de Francia, Inglaterra y España contra Méjico. La cuestión se mantuvo con altura y dignidad.

El talentoso Luis Vélez reconocía el reposo y recto criterio de su hermano, y jamás se ofendía porque le observara o tachara artículos, escritos, como acostumbraba, con la velocidad del pensamiento.

Sin embargo, algunos, vehementes e incisivos, ocasionaron al director contrariedades y persecuciones, que afrontó con entereza y serenidad de espíritu, pensando “que vendrían días mejores para la patria”. ¡Qué tiempos aquellos! Las montoneras, dueñas de varias provincias, nada respetaban, y hasta Córdoba, centro de cultura tradicional, tuvo que soportar los manotones de la barbarie. En esa época memorable Ignacio Vélez no podía salir a la calle sin la escolta de amigos, pues en la plaza San Martín un comandante general de armas había dado de latigazos a uno de los redactores de “El Eco”.

Los hombres ilustrados buscaban, sacrificándose, la organización nacional. La generación presente debe mucho a los que la fundaron y consolidaron.

Todos sabemos que a la guerra de la Independencia, terminada con éxito, siguió la anarquía y la tiranía. Para conseguir la unión y la libertad fué necesaria una lucha más larga que aquella. Fueron en la última más numerosos los caudales invertidos y mayor el número de hombres sacrificados. Los enconos y las pasiones dejaron regueros de sangre en toda la extensión del territorio; y las personas que contribuyeron con sus ideas y su acción a terminar tanta desgracia, realizando la unión nacional, son, a mi juicio, tan meritorias como las que nos emanciparon de la metrópoli.

“El Eco de Córdoba” contribuyó en su esfera a la organiza-



ción del país. Resabios del despotismo quedaban en el interior después de Pavón, y supo combatirlos con trascendental eficacia.

Ignacio Vélez fué un católico militante de primera fila, como Luis Veullot en Francia y Carlos Walker Martínez en Chile, pero jamás su credo religioso chocó con sus convicciones políticas en la acción del periodismo, porque tales conflictos no nacen entre nosotros de las instituciones escritas sino de los hombres que las ejecutan. Más de una vez tuvo que batirse con sus mismos amigos, quienes en todo caso lo respetaban por su carácter y gran sinceridad.

No ocupó posiciones públicas porque no quiso, y sólo una vez aceptó una diputación provincial, *sin dieta*, para consolidar un gobierno liberal que fué como el punto de partida en la sucesión hasta hoy de los gobiernos que terminaron su mandato constitucional. Las revoluciones hacían y deponían gobernadores cada semana, y al partido liberal cabe el honor de haber concluido con ellas, sancionando la Constitución de 1870.

Por desgracia, el partido se dividió profundamente, y diez años después algunos fanáticos asaltaron la imprenta de Vélez y la destruyeron. ¡Qué pena, qué desconsuelo, qué desengaño para aquel hombre! Verse arruinado por sus propios amigos! Desde ese momento sus fuerzas físicas empezaron a decaer y su espíritu atribulado buscó tranquilidad en el retiro del hogar. Pero pronto llegó la muerte, arrebatándolo de su último refugio, en la plenitud de la vida, cuando aún pudo servir más a la patria. Todo lo perdonó. Ni en la intimidad de los suyos, ni en confidencias de amigos, jamás se le oyó una queja ni un reproche contra nadie. ¡Qué alma, señores.....!

Querido amigo: Descansa en paz!

La comisión entrega al cariño de tus hijos la conservación del monumento que el pueblo de Córdoba ha erigido a tu memoria.

IGNACIO GARZON.